

## Ecós Rosaristas

### VOCES DE AMIGOS.

En el frívolo y despacible ambiente del Café, labios amigos galardonaban, há días, nuestra sinceridad con elogios de intencionados matices: "Sus escritos hablan siempre de las últimas impresiones recibidas".

¡Qué bien sonaron a nuestro corazón aquellas palabras, machacadas a sentenciosos golpes, porque ellas denotaban comprensión, porque delataban inteligencia y decían penetración de nuestros sentires!

En nuestros modestos ensayos literarios jamás se engrazan los períodos en caprichosa sucesión, ellos obedecen a voces del corazón, ellos expresan latidos del alma, ellos conjugan las satisfacciones más íntimas o las más profundas contrariedades. Si por algo valen nuestros escritos es por sinceros y por francos.

Y a esa sinceridad acudimos hoy para esta nota de pérsame y amistad, sobre la que vaciamos lo más rico de nuestros sentimientos y ponemos lo mejor de nuestra emoción. Va para Andrés Restrepo Posada, el muchacho modesto y pundonoroso, que un día reemplazara con brillo a Salvador Gómez en la Cátedra de Prácticas físicas y químicas del Colegio Mayor, y la escribimos en momentos de dolor y tragedia que se llora y lamenta la muerte de una madre, virtuosa y llena de afectos.

Un cuadro de bellezas pudiéramos bordar alrededor del nombre de doña María del Carmen Posada de Restrepo. Jugarían allí como ideal los oros subidos de su cristiana caridad, el ópalo encendido de sus hogareñas virtudes y la notable esplendidez de un fervoroso catolicismo, pero, cuando el dolor impera es el silencio la mejor expresión.

Cúmplenos, pues, como a voceros de esta casa agraciada y noble que es el Rosario, descubrírnos ante la tumba

de la distinguida matrona y enviar a sus deudos, a Andrés, especialísimamente, un sentido saludo de condolencia.

### HERNANDO BORRERO CUADROS.

Le oímos una tarde en el arrebató de la arenga política. Fue en un día de febrero y bajo el cielo mismo de su pueblo natal.

Indecibles afectos promueve en nuestro ánimo la estampa del Cerrito; se destaca y perfila sobre un fondo de idílicos encantos; arrebolan sus contornos crecidas tonalidades de probidad y trabajo y, sobre sus planos, brilla la virtud, lucen amables tradiciones y celebran jubiloso triunfo las inmórtales creencias.

En medio a tanta esplendidez era devoto entonces nuestro espíritu y la razón sumisa al conjuro del discurso.

Pero atendamos también a que en Hernando Borrero se precisaba ya un tribuno de quilates. Su palabra era fuego y el color de su frase belleza y sonoridad. Prestábale la voz musicalidades dichosas; el gesto seguía la elegancia de las cláusulas y su persona toda se contagiaba de la bizarría del pensamiento.

Bien le recordamos en su cobrizo semblante adonde asomaban dos ojos vivaces e inquietos; la boca tenía abultadas proporciones, como que el verbo se acumulaba en sus labios listo a estallar y a borbotar; y se alargaba el rostro en acondicionados trazos y, al andar, su cuerpo remedaba despectivos donaires.

Mas, Hernando era fácil y campechano en el trato. Su carácter guardaba, muy cuidada, la sencillez que en su terruño es naturaleza, y afirman los amigos de su círculo íntimo, que navegaba su alma en un mar de ingenuidad. Así son esas gentes de nuestro Valle querido, altaneras y hasta soberbias en los modos pero candorosas, infantiles si cabe, en lo profundo del sér.

Carguémosle, con todo, de una inconformidad intensa

que le llevaba al tumulto, le arrastraba a la turbulencia y poníalo en trances de paroxismo y de locura.

En años de bonanza llegó a este Colegio Hernando Borrero Cuadros. Monseñor Carrasquilla rectoraba todavía con su prestigio los claustros de fray Cristóbal. Arrancado que fue a la vida el meritísimo anciano, cayeron sobre el Rosario días de zozobra y anormalidad. Impulsado Borrero de una posible buena fe, formó entre los cabecillas del movimiento disolvente y, desde luego, se hicieron muy distintas sus dotes oratorias. Los años le enseñaron que tales primicias fueron desmedidas y hasta injustas. Pero en ello no entremos que es del dominio de olvidadas ocurrencias.

Veamos sí en Hernando a un hijo amantísimo del Colegio, al muchocho que en sus coloquios familiares gustaba recordar, complacido, los días de su vida rosarista; al joven togado que jamás divorció de sus triunfos las enseñanzas del Rosario; al gratisimo alumno que llevó siempre consigo afectos y obligaciones para con los superiores del Mayor. Porque no estriba en el mucho hablar ni en el demasiado repetir su existencia la fuerza del cariño. Ella radica en los sentimientos que, arraigados en el corazón, se manifiestan en obras. Tales sentimientos promueven la admiración, ellos desentrañan excelencias y desarrollan la lealtad verdadera nunca presta a devengar utilidades.

Así amaba Hernando Borrero Cuadros este Colegio, con amor sentido, con amor sin estrépitos, con amor desinteresado y sincero.

Ayer cayó Borrero bajo el hacha de la muerte. Ya su palabra no volverá a estremecernos y su noble silueta borrada será del concurso de los vivos, pero su alma, tan rica y hermosa, su pulido talento, su rectitud y entereza de carácter proclamarán por siempre la obra del Rosario.

Bien pudiéramos regar su tumba de violetas, flor elegida a toda hora por Borrero como símbolo único que su superficialidad le dictara, pero el Mayor reserva para sus hijos dilectos frescas siemprevivas que perpetúen su recuerdo. A ellas acudimos, pues, para engalanar la morada del amigo difunto.

JUAN LOZANO Y LOZANO

Conocimos esa firma bajo un soneto de repulida factura que despertó en nuestro ánimo, aun muy niño, emociones de imposible olvido.

Más tarde le gustamos en posteriores composiciones poéticas que guardan, a no dudarlo, la solemnidad y pompa de la muy cincelada "Catedral de Colonia". Y era ya nuestro saboreo, más que dulzura, infinito deleite, como que, de tanto repasar a un artista, llega uno a sentirlo y a poseerlo en sus éxtasis.

Luégo, Juan Lozano se perdió por larga temporada de nuestras lecturas.

Un día en Bogotá dímonos a tentar un encuentro con el poeta. Era en los tiempos de las algaradas patrióticas a las que honradamente respondió Juan Lozano con su presencia en las tropas. No anhelábamos, ni de lejos, lograr de él presentación ni plática, tan sólo deseábamos cercicrarnos de su figura que se nos antojaba majestuosa como el cuerpo de sus estrofas. Y nos topamos al fin con un militar de endeble robustez, flaco continente y desabrida fisonomía a quien, sin embargo, todos tributaban honores y dispensaban palabras de admiración.

¿Es ése, Juan Lozano y Lozano?... se dijo desfallecido nuestro entusiasmo. Porque en provincias, donde la imaginación y el sentimiento juegan tan poderoso papel, todo lo acrecemos y todo se forja de acuerdo y en proporción a como la fantasía nos va dibujando las cosas.

¿Pero acaso las apariencias constituyen al individuo? Ellas, en vez de recomendarlo, le condenan a menudo. Y así, muchas veces, tras la imponente facha se guarda la más absoluta insignificancia, como tras del desairado teniente se escondía y recataba Juan Lozano y Lozano, el estilista castigado, el excelso poeta, el caballero cumplido y el íntegro patriota.

Dentro de estos claustros, amplios y tradicionales, bebió filosofía Lozano y su espíritu se anegó en la verdad y en la verdad halló su contento.

Quizás las arcadas del colonial Instituto le inspiraron, en su soberbia contextura, las primeras estrofas y tal vez el hálito poderoso de esta fábrica espiritual forjó el vigor de su prosa y dio tan crecido alcance a su pensamiento.

En todo caso, convengamos que el clasicismo de su estilo es muy rosarista, como pertenece al poeta el vuelo de las imágenes y al vigor de la pluma el temple de la expresión.

No intentamos con estas líneas hacer de Juan Lozano un estudio de fondo. Compleja labor sería esa para quien, como nosotros, carece de suficiente calado. Escribimos meramente una nota que diga nuestras simpatías por el pulcro escritor y exprese la satisfacción de este Colegio al ver un hijo tan dilecto entrar, en plena juventud, como miembro correspondiente de la Academia de la Lengua, de esa Institución benemérita en cuyo seno sólo deben hallar cabida doctos espíritus que adelanten y perpetúen la clarísima obra de sus antecesores. En Juan Lozano, sin duda, hay hechos y promesas que afirman tanto ideal.

Su labor de poeta ya la han celebrado con atinados conceptos críticos de autoridad; los elogios para su prosa limpiísima se han sucedido entre connotados jueces; sus empresas de biógrafo han obtenido justísimas apreciaciones. A nosotros, escritores de tanteos tócanos callar y acatar a los avanzados.

Luzca con lujo el sillón de Académico a Juan Lozano discernido, y hallen en él una vez más fidelísima repercusión las enseñanzas y fulgores de esta casa magnífica.

A. D. P.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico